

MOSTEIRO, O

La parroquia de San Pedro de O Mosteiro dista unos 34 km de la capital orensana. Pertenece al municipio de Ramirás y se sitúa en una ladera de la sierra de Moura que desciende hasta el río Tuño, cauce que riega el valle antes de desembocar en el Arnoia.

El lugar todavía guarda en su toponimia el recuerdo de un monasterio que durante siglos centró la vida rural de sus pobladores. Este habría surgido en torno al año 944 según un documento de fundación del rey Ramiro II de León (931-951), hoy perdido, pero que fue visto por un cronista del siglo XVII en el archivo del monasterio de San Salvador de Celanova. Debía de tratarse del típico monasterio familiar altomedieval, probablemente dúplice, como muchos de los que dieron origen a las grandes casas monacales posteriores de la zona. El primer testimonio documental conservado de su existencia es una donación, que data del primero de marzo de 1021, en la que consta que era un monasterio masculino. En 1137 se convirtió en una comunidad de monjas benedictinas, siendo la primera abadesa documentada Urraca Pérez en el año 1189. De la lectura de algunos documentos de su colección diplomática se desprende, además, que durante el siglo XIII llegó incluso a albergar una escuela de formación de clérigos seculares no solo para realizar el culto del monasterio sino también para atender las necesidades diocesanas.

En 1499 fue anexionado a San Paio de Antealtares ante la férrea oposición de la entonces abadesa María de Limia. Actualmente, el antiguo edificio conventual está ocupado por una comunidad de monjas clarisas que en 1950 se instalaron allí, procedentes del convento de Allariz, tras la restauración del edificio.



*Panorámica
del emplazamiento*

Iglesia de San Pedro

A PESAR DE QUE NO SE HA CONSERVADO ningún resto, la existencia de un cenobio en este lugar desde época altomedieval hace a todas luces obligatoria la existencia de una iglesia anterior a la actual. De hecho, en el mencionado documento del año 1021 se habla claramente de *basilica fundata [...] monasterii Ramiranis, sultus montis Silbascura*, y de las reliquias de los Santos Pedro y Pablo depositadas en su *sacro-sancto altario*. A esta basílica altomedieval debió de sucederle la actual iglesia que es lo único que se conserva hoy del antiguo monasterio de época románica y que destaca con su monumentalidad pétreo en medio del verde del bosque bajo que puebla la ladera de la montaña.

Se construyó siguiendo una tipología muy difundida en el románico gallego entre las iglesias monacales: tres naves rematadas hacia el Este por tres ábsides escalonados que permitían un amplio espacio congregacional, un presbiterio capaz para la comunidad y altares colaterales con los que aumentar la oferta cultural.

Un detalle importante en la configuración general de la iglesia es el hecho de que se haya preferido una arcaizante cubierta diferente para la nave central, más elevada, que para las laterales, evitando la fórmula que tanto éxito había tenido en este tipo de construcciones de realizar una más práctica cubierta única, a dos aguas, para las tres naves.

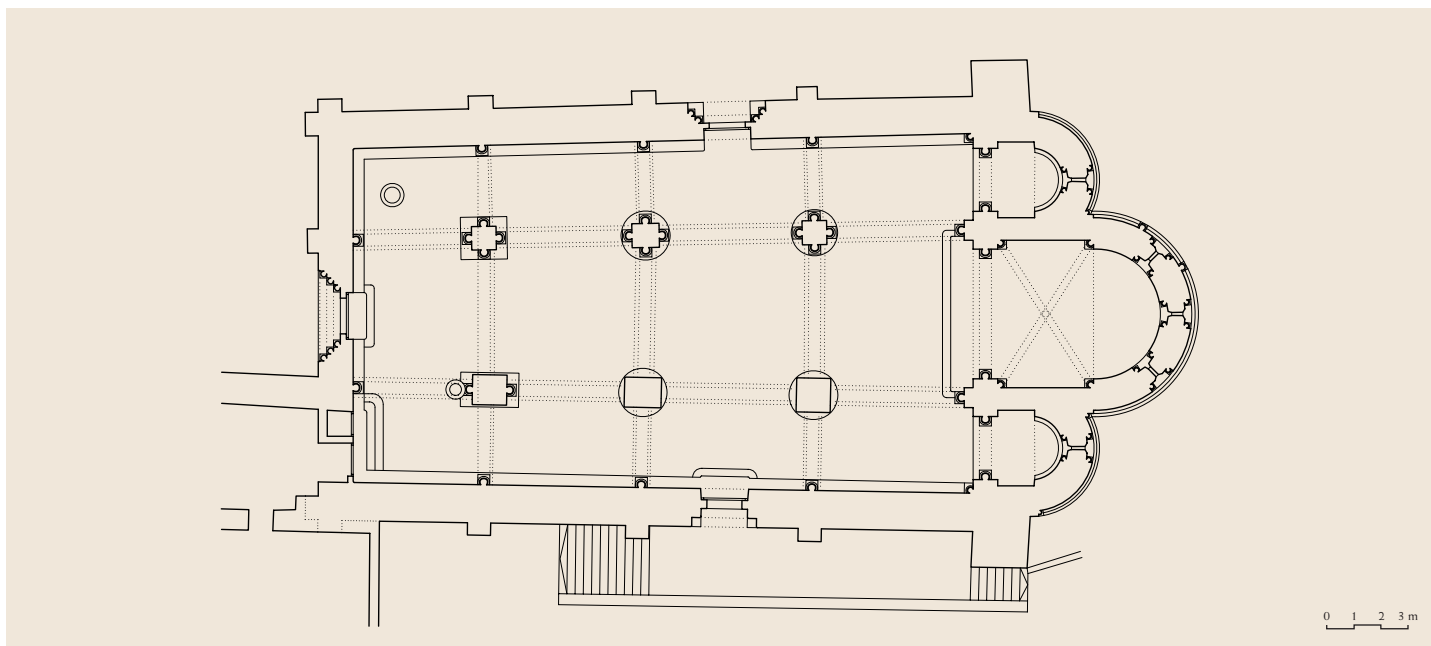
La cabecera de la iglesia destaca por su gran potencia y desarrollo, impresión que viene reforzada por su posición en

altura frente al desnivel del terreno. Esto obligó a los constructores a diseñar un complejo basamento sobre el que alzar el conjunto. Sobre el terreno, una plataforma de perfil liso rematado por un grueso baquetón recorre los tres ábsides. Sobre él, el basamento propiamente dicho se organiza, como suele ser habitual, de forma escalonada. Este aparece dividido en tramos por unos altos plintos que permiten que las basas de las columnas arranquen justo sobre el basamento.

El ábside principal, más alto y ancho que los laterales, tiene un amplio tramo recto y un tambor semicircular dividido en cinco calles por columnas que nacen en basas áticas y mueren bajo el alero con unos grandes capiteles de grueso collarino. Tres canecillos en cada tramo, excepto en el central que son cuatro, sostienen una volada cornisa cortada en caveto. Estos se componen siempre de la misma forma con la estructura arquitectónica cóncava básica a la que se superponen los elementos decorativos con un repertorio muy variado de temas y formas. Por un lado, encontramos las típicas representaciones geométricas como proas de barco, rollos, cilindros y pirámides de planos escalonados. Por otro, están las formas vegetales más o menos estilizadas en las que hay una preferencia por las grandes hojas dobladas que pueden cobijar bajo sus puntas grandes bolas. Como contrapunto, aparecen también algunos canecillos figurados en los que se pueden reconocer bóvidos, cabras e incluso una cabeza de rasgos y gesto exagerados que bien puede ser una alusión diabólica.

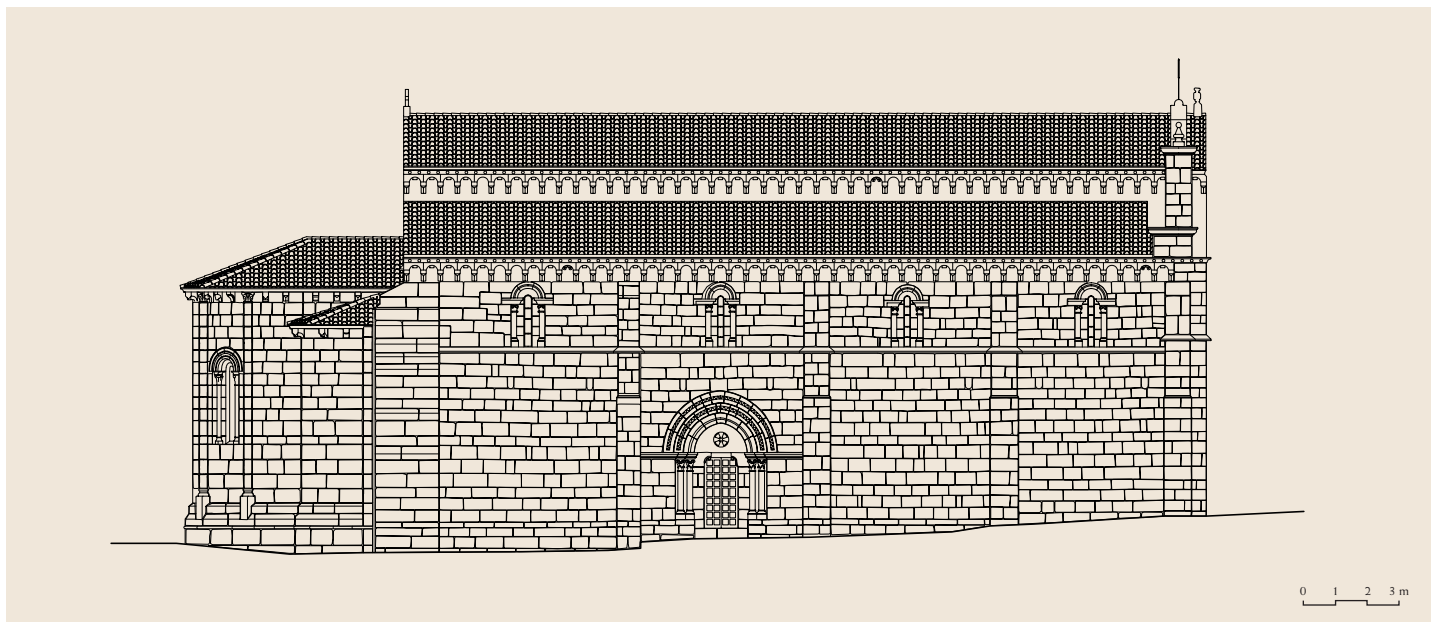


Ábsides



Planta

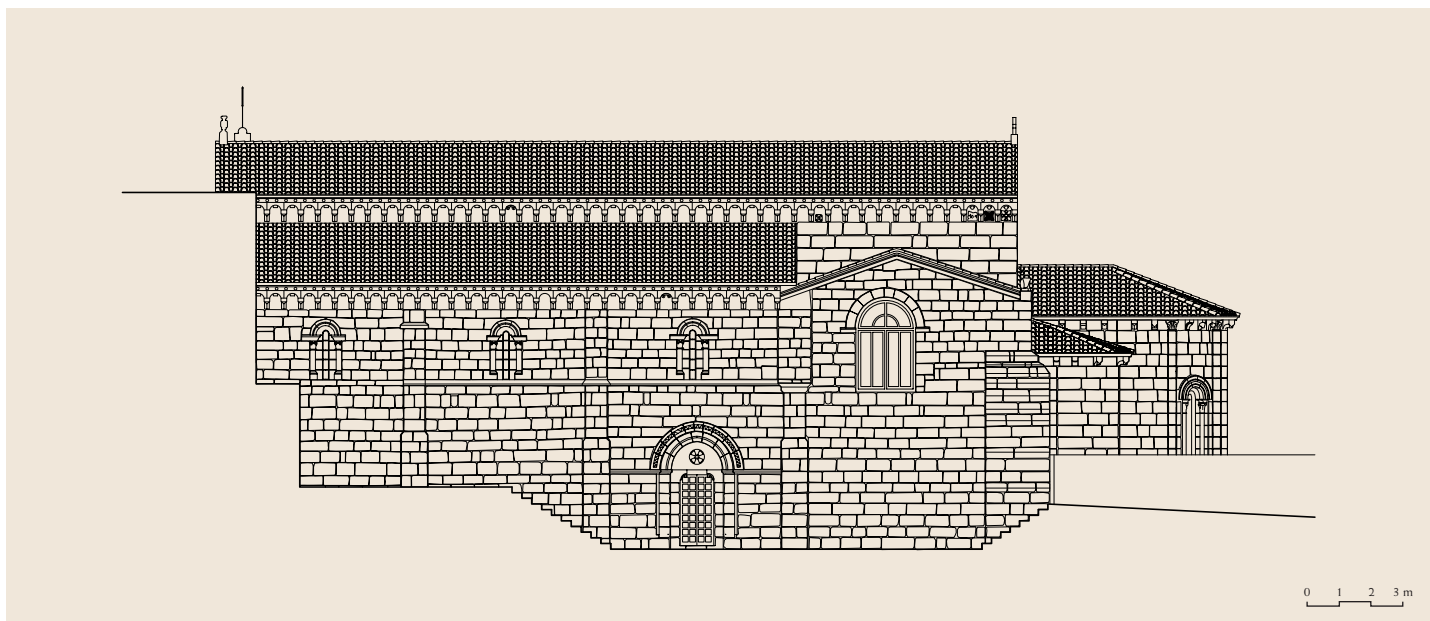
Alzado norte



En cada uno de los tres tramos centrales se abrió una estrecha ventana saetera con un ligero derrame exterior. Cada una de ellas está enmarcada por dos arquivoltas molduradas con bocelos y escocias. La exterior descansa directamente sobre el muro y la interior sobre los moldurados cimacios de los capiteles, en los que se desplegó un repertorio de formas vegetales que oscilan desde la carnosidad de las hojas rizadas hasta la estilización de otras, realizadas casi como formas geométricas muy planas. Bajo ellos, las columnas monolíticas acodilladas descansan sobre basas de tipo ático con plintos prismáticos.

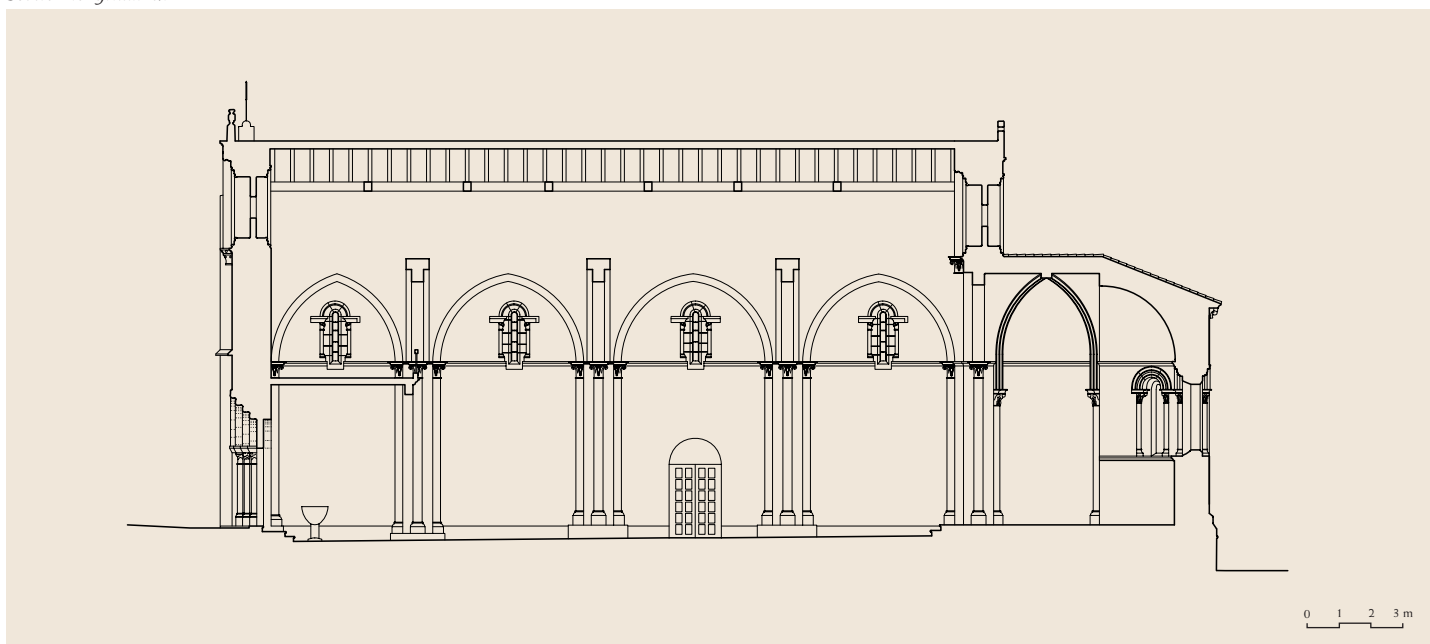
Los ábsides laterales carecen de tramo recto marcado y de calles separadas por columnas. Ambos rematan contra el ábside central con una columna que suaviza la transición entre ambas estructuras. Contra el muro oriental de la iglesia rematan, el derecho, con un contrafuerte prismático y el izquierdo, por su parte, con una columna adosada. Sus ventanas siguen al pie de la letra la articulación vista en el ábside central respetando incluso las líneas de imposta marcadas por él.

El muro oriental tiene una configuración desigual en ambos extremos. Sobre el ábside sur remata, siguiendo una línea horizontal, con una cornisa de canecillos idéntica a la de toda



Alzado sur

Sección longitudinal

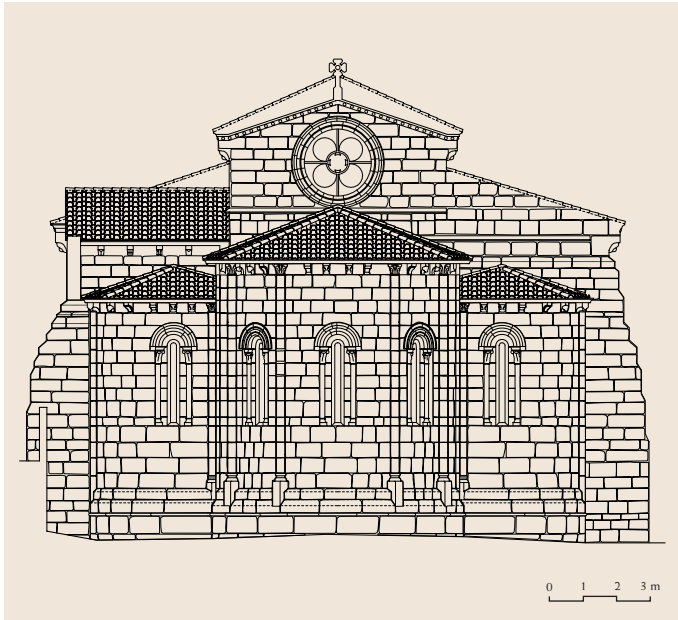


la cabecera. La zona norte, por el contrario, remata siguiendo la caída del tejado de la nave lateral. La parte central, más elevada y ya a dos aguas, está coronada por una estrecha imposta de bolas que continúa por los aleros laterales. Un gran rosetón de rosca moldurada se abre sobre el ábside central para iluminar directamente la nave principal del templo.

En los ángulos de intersección de este muro con los laterales se construyeron unos potentes contrafuertes prismáticos que refuerzan una zona bastante sensible del edificio ya que en ella recaen los empujes de los arcos y bóvedas de los ábsides. A pesar de su gran tamaño, su presencia se aligera al

reducir su grosor progresivamente en altura con un diseño de escalones achaflanados.

El muro norte se divide en cuatro tramos, de los cuales el oriental es considerablemente más ancho que el resto. Sus contrafuertes, mucho más esbeltos que los angulares, están divididos en dos partes por medio de una imposta que, además de atarlos, recorre todo el muro y marca la línea de base de las ventanas. Estas son una simplificación del modelo propuesto en la cabecera: una estrecha y corta saetera enmarcada por una única arquivolta cuyos salmeres caen sobre unas impostas cortadas en caveto. Las columnas son monolíticas y



Alzado este

con unos potentes capiteles y basas que descansan sobre un alto plinto. Recorriendo todo el muro, por la parte superior, se situó una desarrollada cornisa de arquitos. Está formada por el alero, cortado en caveto y festoneado con bolas, que se sostiene sobre una estructura de arquitos formados, cada uno, por un bloque de granito. En sus intradoses se labró una variada decoración de flores de gran volumen. Estos arcos, a su vez, descansan sobre una línea de canecillos decorados con un repertorio muy variado de formas, casi siempre abstractas, geométricas y vegetales. Todo el conjunto le confiere al muro una extraordinaria riqueza y unos innegables valores plásticos al crear profundos claroscuros que rompen con la macidez del muro granítico. En la cornisa que remata los muros de la nave central se repitió el mismo esquema destacando, de este modo, la transición entre esta cubierta y la de las naves laterales.

En el segundo tramo se abrió una puerta a la que no por ser una entrada lateral se le dio un tratamiento discreto. De hecho, consta de tres arquivoltas ligeramente apuntadas. Los ángulos de las tres se suavizan al rematar en gruesos bocelos y sus roscas se animan con una serie de mediascañas y listeles. Las dos externas, además, llevan una cenefa en su centro decorada con un fino listel en zigzag. La arquivolta exterior descansa directamente sobre una imposta en nacela que, sobre los capiteles que sostienen las otras dos arquivoltas, se vuelve moldurada. Los fustes de las columnas son monolíticos y se apoyan sobre basas áticas que, como es típico de este taller, disponen de unos altos plintos prismáticos. Los capiteles se caracterizan por tener un canon bastante alargado y una factura bastante dura con formas vegetales estilizadas que pretenden evocar el modelo clásico de capitel corintio. El tímpano, realizado con una única pieza monolítica, apoya



Alzado oeste

sobre dos ménsulas exornadas con sendas hojas que cobijan una bola en sus puntas. En su centro se talló una sencilla cruz de brazos iguales inscrita en un círculo que, como si de un sello se tratase, marca la entrada al lugar sagrado.

La fachada principal se nos muestra hoy solo parcialmente ya que el edificio del monasterio oculta toda la calle lateral sur. Sobre la calle norte se situó en época barroca una espadaña de doble vano para colocar las campanas. Horizontalmente, la fachada se divide en dos cuerpos mediante una imposta que continúa la que vimos en el muro norte atando de igual forma los contrafuertes. No habría que descartar que su función, además de estética, hubiese sido la de rematar contra la pared el tejado de un pórtico que recorrería tanto esta fachada como la norte, y cuya estructura de madera se asentaría en los canzorros pétreos que todavía se aprecian en el aparejo.

Frente a la sobriedad de la calle lateral, en la que ni siquiera se abrió una ventana, la central mereció una mayor atención al situarse en ella la puerta principal del templo. Esta tiene tres arquivoltas formadas por gruesos bocelos separados por escocias y mediascañas y guarnecidos por una también muy ancha chambrana de billetes que contrasta, por su plasticidad y efectos de claroscuro, con las lisas arquivoltas del interior. La chambrana descansa directamente sobre la imposta lisa mientras que las arquivoltas disponen, en cada jamba, de tres columnas de fustes monolíticos sobre basas áticas, de altos plintos, y con capiteles entregos cubiertos con estilizadas formas vegetales. El tímpano, formado por una única pieza granítica, está sostenido por dos mochetas, la izquierda de proa de barco y la derecha con una hoja de puntas dobladas en la que el naturalismo da paso a una fuerte abstracción.

El cuerpo superior de esta calle central aparece separado del resto por una imposta de bolas que recoge, en ambos ex-



Fachada oeste



Portada oeste

Muro sur





Detalle del muro sur

Portada norte



Capiteles de la portada norte



tremos, a dos capiteles-ménsula que sostienen un arco apuntado cuyas dovelas están animadas, aunque de forma un tanto burda, con un bocel angular escoltado por listeles y escocias. Su función, además de decorativa, es la de servir como arco de descarga para permitir la apertura del gran rosetón que, junto con la portada descrita, es el elemento más representativo de la fachada. Su rosca, compuesta exclusivamente de elementos de tipo arquitectónico como bocelos y escocias, enmarca una tracería formada por cuatro piezas pétreas en las que se recortan medias lunas, flores de lis y formas lobuladas que rodean el óculo central, también lobulado. Como transición entre la tracería y la rosca vuelve a aparecer una versión curva de las impostas con bolas que tanto se repiten en las partes altas de la iglesia y que, como no podía ser de otra manera, también coronan el hastial bajo un apenas reconocible *Agnus Dei* con cruz de brazos flordelisados.

El muro sur de la iglesia, que debía de lindar con las estancias del monasterio, se nos muestra hoy en casi toda su extensión al haber quedado, excepto el último tramo de la iglesia, libre de construcciones anexas. Su configuración es muy similar a la del muro norte a excepción del tramo oriental que es más ancho y tiene una cubierta a dos aguas perpendicular a la de las naves como si se tratase del brazo de un transepto. Además, en su aparejo se abrió una amplia ventana con arco de medio punto de perfil prismático que descansa sobre una sencilla imposta cortada en caveto como la que remata este tramo de muro en la parte superior y como las que encontramos en los ábsides. En el siguiente tramo, como en el muro norte, se abrió una puerta que repite el mismo esquema de la opuesta incluso en el motivo de la cruz patada inscrita en un círculo que preside el tímpano. Coronando tanto este tramo como los restantes encontramos el mismo tipo de cornisa con arquitos que, de nuevo, se repite bajo el alero de la nave central.

Una vez en el interior, nos encontramos con una iglesia de planta basilical de tres naves separadas por pilares compuestos y con la impresión de un espacio perfectamente compartimentado, a la vez que articulado, muy propio del románico pleno.

En la cabecera, el ábside central se abre a la nave con un arco doblado ligeramente apuntado que descansa sobre capiteles y columnas entregas. Se compone con un tramo recto bastante profundo y un tambor semicircular. El tramo recto se cubre con una bóveda de cañón apuntada sobre la que se colocaron unos nervios que pretenden evocar una crucería. Son nervios muy gruesos y con una forma prismática diluida por los gruesos baquetones que se han labrado en sus ángulos. En el hemiciclo absidal, cubierto por la tradicional bóveda de horno, se abren tres ventanas que repiten la articulación del exterior con dos arquivoltas, una descansando directamente sobre la imposta y la otra sobre columnas de fustes monolíticos.

Los ábsides laterales llaman la atención por sus proporciones muy estilizadas y su gran estrechez. Sus arcos de acceso son también doblados y descansan sobre columnas. En el interior solo una alargada ventana como las que acabamos de describir ilumina tenuemente el espacio. En los ángulos de intersección de este muro oriental y los laterales se colocaron sendas columnas con capiteles acodillados que finalizan a la altura de la línea de imposta sin recibir ningún tipo de arco sobre ellas.

Sobre el arco triunfal se repitió la estructura arquitectónica que coronaba la fachada principal: Un arco de descarga, ligeramente apuntado y moldurado, acoge, bajo él, un rosetón de rosca abocelada y con una sencilla tracería que forma cuatro grandes lóbulos en torno a un círculo central. Bajo él volvemos a ver la imposta en caveto, decorada con bolas, tan característica de las partes altas de esta construcción, y la repetición de la idea de hacer descansar el arco de descarga sobre capiteles-ménsula acodillados.

En las naves, a primera vista destaca la llamativa diferencia entre los pilares y arcos del lado norte y los del sur. Los primeros son todos pilares compuestos clásicos con columnas adosadas en cada una de sus caras. Se alzan sobre un basamento circular que se vuelve cuadrangular solo en el pilar más occidental y sostienen arcos formeros, todos de la misma altura. En los del sur, sin embargo, esta norma se rompe. Por un lado, los arcos formeros se voltean a una altura considerablemente menor y los pilares que los soportan son todos distintos. El más oriental es un soporte cuadrangular cuyos capiteles, a la misma altura que los de enfrente, descansan también sobre semicolumnas pero la diferencia estriba en que estas se truncan a diferentes alturas en cada una de sus caras finalizando en una especie de ménsula troncocónica. Las semicolumnas se encuentran, además, anilladas por una imposta que recorre el pilar a la altura del capitel del arco formero inmediato. Los tres capiteles restantes se encuentran a una altura superior: el oriental para sostener el arco más ancho que da paso a la nave transversal, y el sur y el norte para recibir los arcos diafragma de la nave lateral y central respectivamente. En el siguiente pilar se vuelve a producir una nueva variación: Hacia la nave central y hacia la nave lateral no dispone de columnas adosadas sino únicamente de capiteles-ménsula para recoger los arcos diafragma. En sentido longitudinal, en cambio, se vuelve al tema de la columna entrega truncada sobre ménsulas troncocónicas invertidas. En el último pilar, el arco formero vuelve a descansar sobre una semicolumna adosada al pilar pero, el arco de la nave principal cae sobre una pilastra ya que se colocó el capitel más abajo, a la altura de los de los arcos formeros.

Un rasgo que llama fuertemente la atención en la nave central es la escasa altura a la que fueron montados los arcos diafragma ya que nacen en la misma línea que los de las naves laterales. Además, da la sensación, tras la observación del aparejo, de que los muros que van montados sobre ellos nunca se acabaron de elevar hasta el nivel del tejado, por lo que estas estructuras no ofrecen ningún tipo de función sustentante para la cubrición. Su finalización hubiese supuesto una gran compartimentación del espacio de la nave y también su oscurecimiento, ya que impedirían la distribución uniforme de la luz que entra por los dos rosetones del eje axial. En las naves laterales volvemos a encontrar el mismo modo de actuar, ya que sus arcos diafragma se convierten en poco más que tirantes para atar la estructura transversalmente.

En el tramo inmediato a la fachada se construyó una tribuna de madera a modo de coro alto para la comunidad de monjas que ocupa el monasterio anexo. Aprovechando los arcos diafragma se le colocó incluso un falso techo que impide, en parte, la visión completa del gran rosetón abierto en la fachada principal. Aún así, se aprecia la rosca abocinada con dos gruesos bocelos y con listeles y escocias intercaladas que enmarca la preciosa tracería ya comentada.

En cuanto a la escultura, esta se centra en los capiteles y en las basas de algunas columnas. En los ábsides, el único



Interior



Nave lateral

capitel con figuración se encuentra en la ventana izquierda de la capilla mayor. En él se reconocen a dos cuadrúpedos afrontados sobre las hojas que cubren la cesta. El resto de los capiteles de estas ventanas son todos vegetales y de muy buena calidad. Sus hojas son carnosas y con las puntas rizadas y

en alguno se hace una reinterpretación bastante acertada del capitel corintio antiquizante con dos filas de hojas de acanto de las que sobresalen los caulículos que se enroscan en sus ángulos superiores. Aparece también aquí un tipo de capitel muy característico con tallos vegetales atados por un listel



*Arcos diafragma
de las naves*

en forma de aspa. Es un tipo que aparece por primera vez en el monasterio cisterciense de Melón y que fue muy utilizado en la cabecera y el transepto de la abacial de Santa María de Oseira. Este modelo fue puesto en relación con uno o varios artistas itinerantes que lo expandieron por otras edificaciones contemporáneas como la iglesia del monasterio de San Claudio, Santa Mariña de Augas Santas o San Juan de Rivadavia en las que aparece, como en Ramirás, únicamente en las partes más antiguas de la construcción. A partir del hemiciclo absidal las formas se hacen menos variadas y el modelado más duro. Se pueden individualizar unos cuantos tipos de capitel de los que, a lo largo de las naves, se van haciendo pequeñas variaciones. Uno de ellos está formado por una serie de hojas muy planas que solo en los ángulos superiores se doblan ligeramente con una palmeta oval partida o bien en forma de flor de lis. Otro modelo muy utilizado es un haz de grandes hojas que nacen del astrágalo del capitel y que, a pesar de ser muy planas y de tener el eje apenas marcado, se vuelven más carnosas en la parte superior de la cesta doblándose ligeramente. Una variación de este modelo de haces de hojas es aquel en el que estas, en la parte superior, rematan en plásticos tirabuzones. En muchas ocasiones, las hojas se doblan para cobijar bolas e incluso pueden tener sus ejes perlados aunque siempre con un modelado muy plano. Uno de los modelos más vistosos es aquel en el que una serie de finos tallos vegetales se abren en la parte superior de la cesta en forma de palmetas planas ya que no sobrepasan el límite del bloque primigenio

del capitel. En la parte baja, el espacio que dejan libre los tallos se rellena también con palmetas, esta vez con una muy característica forma lanceolada.

La construcción de la iglesia del monasterio de Ramirás debió de comenzar en la década de los noventa del siglo XII y desarrollarse durante el primer cuarto del XIII coincidiendo con el período de conformación de un amplio dominio territorial que permitiría unas rentas constantes con las que financiar la obra. El plan inicial debía de corresponderse con una tipología muy tradicional de iglesia con tres naves, crucero destacado en altura pero no sobresaliente en planta y tres ábsides escalonados que se abrirían a este espacio transversal. Las obras debieron de comenzar, como es habitual en las iglesias medievales, por esta estructura oriental. Continuarían luego por el transepto que solo se llegó a elevar en toda su envergadura en la parte meridional. Se aprecia, de hecho, una gran unidad entre los elementos de esta parte como la proporcionalidad de altura entre los ábsides y el brazo del transepto y, sobre todo, la utilización en ambos del mismo tipo de cornisa sencilla con canchillos del mismo estilo. Los trabajos continuaron después por los muros perimetrales y, seguidamente, por los pilares interiores, de los cuales los de la panda norte parecen más antiguos al seguir el tipo más tradicional de pilar compuesto. En los de la panda sur, por el contrario, se aprecian grandes vacilaciones, fruto de un cambio de plan en la iglesia, adoptándose en ellos la fórmula de los pilares con columnas truncadas o capiteles ménsula. Este



Capiteles del interior de la iglesia

cambio de planteamiento sobre la marcha no solo debió de afectar a estos soportes sino que debió de suponer también una mayor elevación de los muros de la iglesia, el abandono del transepto destacado en alzado y, sobre todo, la realización de los plásticos aleros con arquitos que, como vimos, no

se utilizan en los ábsides, donde se prefiere un tipo más tradicional de cornisa.

La construcción debió de prolongarse todavía durante las primeras décadas del siglo XIII, ya que en ella se detectan abundantes elementos que indican que nos encontramos en

un momento de transición artística. La penetración del espíritu gótico se aprecia en rasgos como la proyección ascensional de la nave central y el gran desarrollo de los rosetones que la iluminan. Significativa es también la aparición, aunque vacilante, de los pilares con columnas truncadas o con ménsulas-capitel muy extendida en las edificaciones de entorno al año 1200, sobre todo por influjo cisterciense, y también el uso reiterado de los arcos apuntados. Muy revelador de un momento de ensayo de nuevas fórmulas es la cubrición del tramo recto del ábside en el que encontramos una falsa bóveda de crucería. Realmente se trata de una bóveda de cañón apuntada "actualizada" con unos nervios que, en la práctica, no tienen función sustentante ya que ese tipo de cubrición no necesita de refuerzos diagonales como los que pueden proporcionar dichas ojivas.

Para concretar más el ambiente artístico en el que surge San Pedro de Ramirás habría que decir que se aprecian importantes deudas con los dos principales focos del arte orensano del momento: el Monasterio cisterciense de Santa María de Oseira y la Catedral de San Martiño.

Desde el inicio de la construcción de la iglesia monacal de Ramirás se detecta una gran dependencia del taller que entonces construía la gran abadía de Oseira, convirtiéndose así en un buen ejemplo de la recepción de algunas fórmulas utilizadas en esa obra en centros periféricos del románico gallego. De Oseira llegan a Ramirás elementos arquitectónicos como las ventanas de doble derrame que se utilizaron sistemáticamente en la cabecera de la abacial o los arcos apuntados y doblados de canon bajo que se citan en la nave sur de Ramirás, curiosamente en el mismo punto donde encontramos la solución, también cisterciense, de pilares con columnas truncadas.

Pero donde se hace más patente esta influencia es en la escultura de los capiteles de toda la cabecera y del interior de las naves. De Oseira proceden modelos como el característico capitel de tallos vegetales en aspa, el de hojas que cobijan bolas en sus puntas dobladas, el de hojas lisas con el eje perlado y el de tallos vegetales que terminan en la parte superior en plásticas palmetas. En Ramirás se imitan incluso detalles como los plintos decorados con un listel en zig-zag que se ven en la ventana del primer tramo del muro norte y que, en Oseira, aparecen, como el resto de los modelos escultóricos comentados, en la cabecera de la iglesia, cuya construcción había comenzado hacia 1185. Tenemos, de esta forma, un nuevo dato de tipo estilístico para situar la construcción de Ramirás en el arco cronológico propuesto.

La influencia de la Catedral de Ourense, también muy fuerte, debe de llegar a Ramirás ya en los primeros años del siglo XIII, pues sus fórmulas se detectan claramente en las partes altas del templo, lógicamente construidas en la última fase de los trabajos.

El elemento más destacable de esta influencia es la cornisa sobre arcos que se extiende por las tres naves del templo otorgándole una gran unidad. Es un tema que confirma, ade-

más, la datación propuesta para la construcción, ya que el tipo de cornisa que recoge Ramirás, festoneada con bolas y sobre arcos con los intradoses exornados por carnosas formas de lo más variado y canecillos de gran entidad y decoración también diversa, se detecta en la catedral orensana en torno al año 1188. En esa fecha sabemos que se consagra su altar mayor, por lo que el presbiterio, que es donde aparece por primera vez esta rica fórmula, tendría que estar ya construido.

De Ourense llegó también la fórmula del rosetón de grandes dimensiones y con una tracería realizada a base de formas recortadas sobre la base lisa del bloque de piedra. Su filiación es claramente compostelana y su uso coincide con la llegada a Ourense de un taller de formación mateana que introducirá en esta sede los estilemas de la última campaña de la Catedral de Santiago, donde se conservan varios ejemplos de este tipo de tracería muy geométrica.

Como conclusión, resta decir solamente que la iglesia de San Pedro de O Mosteiro, a pesar de las variaciones introducidas sobre el plan original en el transcurso de los trabajos, posee una gran unidad, perceptible sobre todo en el exterior. Contribuyen sin duda a esta sensación la continuidad de las líneas de imposta por todos los muros, las cornisas con arcos que coronan los muros de las naves, la repetición de esquemas arquitectónicos, como la forma de presentar los pñones este y oeste con rosetón y arco de descarga, o la exacta repetición del mismo tipo de portada en los muros norte y sur. Incluso llama la atención la fidelidad del taller a determinados detalles, como el gusto por los altos plintos para los basamentos de las columnas o los festones decorados con bolas para las impostas.

Ramirás es, en definitivas cuentas, un buen ejemplo de un momento de transición dentro del románico gallego en el que se continúa obedeciendo a los presupuestos asentados del estilo pero en el que empiezan a calar hondo los nuevos presupuestos goticistas introducidos sobre todo por el Cister. Aunque en Ramirás la austeridad de esta tendencia se perciba solo en el interior, esta se utiliza como una elección estilística y no por mandato de la Orden ya que, como vimos, Ramirás fue siempre una comunidad benedictina.

Texto y fotos: VNF - Planos: JLDM

Bibliografía

- ÁLVAREZ QUINTAS, J. L. y BANDE RODRÍGUEZ, E., 1974, XXVI, p. 70; CASTILLO LÓPEZ, Á. del, 1980, II, pp. 921-922; CASTILLO LÓPEZ, Á. del, 1987, pp. 355-356; CHAMOSO LAMAS, M., GONZÁLEZ, V. y REGAL, B., 1973, p. 43; COLOMBÁS, G. M., 1980, p. 66; D'EMILIO, J., 1997, pp. 549-551; D'EMILIO, J., 2004, pp. 317 y 325; DURO PEÑA, E., 1971, pp. 10-12, 39; LUCAS ÁLVAREZ, M., 1981, pp. 7-35; LUCAS ÁLVAREZ, M., 1988, pp. 13-18, 37, 179-180 y 184; RÍO BARJA, F. J., 2009, XXI, pp. 184-190; RISCO, V., s.a., pp. 524-525; VALLE PÉREZ, J. C., 1982, I, pp. 101-107, 120-125; VALLE PÉREZ, J. C., 1984, p. 322; VALLE PÉREZ, J. C., 1989, pp. 137-138; VALLE PÉREZ, J. C., 1990, p. 47; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1993, X, pp. 433-435.